

LA CASA DE BALZAC

A la señora Eulogia del Campo de Pinto.—Todo esto lo hemos visto juntos, y mientras lo veíamos nuestras impresiones y nuestros recuerdos se enlazaban en la misma visión.—*A. Orrego Luco.*

Balzac tenía la firme convicción de que de la superficie de todos los cuerpos vivos emanaba una exhalación misteriosa una especie de fluido invisible, imponderable, pero que obraba de una manera poderosa y eficaz sobre todos los que entraban en la esfera de su acción:

Ese fluido misterioso creaba al rededor de todo ser humano una atmósfera especial y persistente, que se adhería como un perfume a los objetos. La casa que han habitado, los muebles de que se han servido, todo lo que ha estado en su contacto, guarda una impresión indefinible, un secreto poder de evocación. Hay algo que queda flotando hasta en el camino por donde tenían costumbre de pasar.

¿Quién sabe lo que hay de real y positivo en esas emanaciones ideales de Balzac, quién sabe si son esas emanaciones misteriosas las que nos producen la impresión extraña, penetrante y casi solemne con que entramos en la casa que ha habitado un hombre superior. Cuando creemos estar simplemente bajo la influencia de nuestros propios recuerdos, quién sabe si sentimos la influencia trascendental y misteriosa del grande hombre que ha vivido en esa casa y dejado entre sus murallas el perfume de su vida.

De todos modos el hecho incuestionable y positivo es que inyectamos una vida mas fuerte y mas íntima en el recuerdo de un hombre, y comprendemos mejor a un escritor cuando hemos recorrido los sitios en que pasó su vida y bebió su inspiración.

Una conmemoración piadosa, vaga, indefinible y suave, es, sobre todo, lo que nos ha llevado a esos sitios que parecen más propicios a la evocación soñadora y nos ha encaminado a las casas que habitaron grandes o hermosas figuras del pasado.

En muchas casas de París fuimos a buscar lo que ha quedado de la atormentada y devoradora vida de Balzac.

En su correspondencia hemos ido recogiendo datos que nos permiten reconstruir esa triste y oscura peregrinación del escritor acosado por la pobreza y por sus deudas.

La primera casa que habitó fué la bohardilla de la calle Lesdiguières N.º 9.

Era entonces un muchacho que por primera vez venía a París.

Esos fueron días de privaciones y miserias dolorosas. Sin embargo, escribiéndole a su hermana le decía, para cubrir con un velo alegre esas tristezas, «el tiempo que pasaré aquí será para mi una fuente de recuerdos dulces. Vivir a mi fantasía, trabajar a mi gusto, si yo quiero no hacer nada, dormirme sobre el porvenir que veo hermoso, pensar en Uds., sabiendo que son felices, tener por amante a la Julia de Rousseau, por amigos a Lafontaine y a Moliere, por maestro a Racine, por paseo el Père Lachaise. Ah! si eso pudiera durar siempre!».

En ese granero oscuro, «tan negro como un horno y en que sin mí no se vería gota» segun sus propias expresiones, trabaja Balzac como un fòzrado, preparándose para la penosa entrada en la vida literaria. Es difícil imaginar todo el esfuerzo y toda la perseverancia necesarios para abrirse el camino de las letras y ganarse la esquiva y desdeñosa atención de los lectoras.

«Ah! hermana,—escribía Balzac—qué de torturas. Le haré una petición al Papa pidiéndole el primer nicho de mártir vacante. Acabo de descubrir un defecto en la composición de mi Cromwell y un semillero de versos malos! Hoy soy un verdadero *Pater Dolorosa!*»

Y despues de esos días de trabajo incesante, en esa bohardilla oscura, glacial en el invierno, abrazadora en el verano, siempre excesiva, no tenía Balzac más distracción que el paseo solitario en las avenidas melancólicas de un cementerio. «En-

cuentro en mis paseos al Père Lachaise, buenas y gruesas reflexiones inspiradoras y hago estudios del dolor útiles para Cromwell; el dolor verdadero es tan difícil de pintar, se necesita tanta sencillez. Decididamente los únicos epitafios hermosos son: *Lafontaine*, *Massena*, *Moliere*. Un solo nombre que lo dice todo y que hace soñar!»

Con una mirada larga, ávida, contemplaba a Paris desde esa altura que lo domina, donde el mismo descansa ahora, y donde más de una vez se preguntó, pensando en los muertos que dormían a su alrededor, si algún día alguien vendría a saludar su tumba.

Después de llevar durante mas de un año la vida devoradora del granero, ese pobre muchacho volvió a su casa agotado, con una flacura impresionante, llevando con una orgullosa satisfacción su primera obra, su *Cromwell*.

La lectura del drama fué un desastre. Todos los que soporaron la abrumadora lectura de ese ensayo, estuvieron de acuerdo en que Balzac no tenía ninguna condición para escritor, y que en ese camino serían ridículos y estériles todos sus esfuerzos.

Fué necesario resignarse, someterse, renunciar a la bohemia de las grandes y deslumbradoras perspectivas y volver a la provincia, a la vida oscura, monótona, de horizontes triviales y de una vulgaridad desesperante.

Sería necesario volver a la casa de sus padres, a esa casa helada, sombría, sin afectos tiernos, en que iba a sentir a cada paso el implacable escozor de los reproches, en que iba a leer en todas las miradas una constante desaprobación de su conducta. La vida iba a destilar incesantemente, gota a gota, una amarga compasión, si persistía en perseguir esos sueños de escritor *invita Minerva*, en contra de la voluntad de los dioses.

Tal vez Balzac habría caído aplastado por esa masa abrumadora de la desaprobación de los que le mostraban mayor benevolencia, si en esa hora en que se decidía su destino, no hubiera aparecido una mujer que presintió su genio, con esa facultad de adivinación admirable del corazón de las mujeres.

Mme. de Berny dió aliento a la esperanza vacilante de ese muchacho, que hasta su propia confianza había abandonado; le

volvió la vida a sus sueños, le dió alas a sus ambiciones, calor a su esperanza. Todas sus ilusiones se volvieron a levantar de sus cenizas. Le facilitó los medios para que pudiera salir de su provincia, de su casa, de esa atmósfera letal en que su genio iba a morir envenenado, como una flor sumergida en una agua amarga. Le abrió las puertas de una especulación industrial que le permitiría seguir libremente su destino y conquistar con la fortuna una tranquila independencia.

Después de una ausencia de cinco años volvía Balzac a París, a la sombra protectora y generosa de Mme. de Berny. La suave mano del amor iba a abrirle sonriendo las pesadas puertas de la gloria y la fortuna.

El palacio encantado en que iba a operarse esa maravillosa transformación de su destino era una casa de un aspecto vulgar en uno de los barrios más oscuros de París, en el Marais St. Germain, en la callejuela que ahora se llama de Visconti y que va de la calle Bonaparte a la calle del Sena, entre las calles de Jacob y de Beaux Arts. Es una callejuela corta, estrecha, húmeda, viscosa, que, a pesar de su aire de miseria y de abandono, llama todavía la atención de los viajeros.

Fuimos a esa callejuela a visitar la casa en que vivió Racine. Está en el número 19. Es un edificio de aire altivo, que estuvo en su tiempo rodeado de jardines y de árboles frondosos.

Encontramos sobre el umbral de esa casa esta inscripción: «Palacio de Ranes edificado sobre el sitio del Petit Pré aux Clercs. Juan Racine murió aquí el 22 de Abril de 1699, Adriana Lecouvreur en 1730. Ha sido también habitado por la Champmelé y la Clairon».

En esta casa vino a vivir Racine en 1693; vino a buscar un rincón oscuro, apartado, cuando se sintió abrumado con el peso de calumnias monstruosas, cuando Voisin lo acusaba de haber muerto a la encantadora Duparc, que él había amado con tanta ternura. El abandono de Luis XIV y «el mal de las quimeras» lo hicieron morir en esta casa.

A la entrada, a la derecha está la escala que lleva a los pisos superiores. Es una escala de piedra, ancha, majestuosa y con una rica balaustrada de fierro forjado y un pasamano de bronce. Es una escala suntuosa y elegante.

Por esa escala han subido Racine, Molière y Lafontaine. Después veo subir por esa misma escala, todo ese mundo alegre y brillante que rodeaba a Adriana Lecouvreur, a Voltaire, d'Argental, Caylus, el mariscal de Saxe, y ese enjambre de admiradores apasionados del arte y de la artista, que cubrían de flores su camino.

Por esa misma escala, en el mes de Julio de 1729, se deslizaba como una sombra un pequeño abate, jorobado, pintor de miniaturas, el abate Bouvet. Esa pequeña cosa negra, oscura, vacilante, se deslizaba en silencio como una intriga, como una calumnia, como una infamia. Iba a golpear a esa puerta de Adriana Lecouvreur, por donde entraba todo lo que había en París de más noble, brillante y luminoso. Volvió dos veces y como no pudo ser recibido por Adriana le dejó una carta en que le decía que había sorprendido un secreto que le interesaba conocer, y que estaba dispuesto a revelarle en una avenida del Jardín del Luxemburgo, que ahí lo reconocería por tres golpes que daría en el sombrero cuando pasara a su lado. Adriana fué. Encontró al jorobado que le dijo que una dama de la Corte, cuya miniatura estaba pintando, le había propuesto que se introdujera como pintor en casa de Adriana y le diera un filtro que alejaría al Mariscal de Sajonia de su lado; que dos personas enmascaradas, con que había tenido que entenderse para los detalles de la ejecución, le habían declarado que no se trataba de un filtro sino de un veneno; que en un olmo de las Tullerías se dejarían dos pastillas que el abate iría a recoger. Si se las daba a Adriana tendría una pensión de 600 libras y una suma de 6 000. El abate declaraba que había fingido aceptarlo todo.

Adriana, con esa fácil credulidad que dan los celos, encontró muy verosímil esa historia. El mariscal de Sajonia, su voluble amante, había tratado de acercarse a la duquesa de Bouillon y manifestado una inclinación muy viva por una cantatriz de la Opera. El abate parecía insinuarle que el peligro venía del palacio de Bouillon.

Adriana le dió otra cita al abate. Consultó a sus amigos, y entre ellos al mismo mariscal de Sajonia. Estuvieron de acuer-

do en que el abate debía seguir adelante en la aventura e ir a recojer las pastillas en las Tullerías.

El abate tomó las pastillas y las fué a entregar a Herault, jefe de la policía. El abate fué arrestado. Se analizaron las pastillas sin tener un resultado positivo. Se levantó un acta de todo este incidente el 30 de Julio de 1729.

A pesar del profundo sigilo con que se había tramitado este negocio, transpiraron todos sus detalles, y en el público se dijo que la duquesa de Bouillon había tratado de envenenar a Adriana Lecouvreur.

Cuenta en sus *Memorias* el abate de Launay que el fué el primero que informó a la duquesa de ese odioso rumor, para que pudiera desvirtuarlo. El duque de Bouillon y toda su familia intervinieron activamente en el asunto. Se reabrió el proceso. El abate Bouvet fué de nuevo preso en St. Lazare. El abate insistió en sus declaraciones anteriores.

Mientras se tramitaba ese nuevo proceso, vino la muerte inesperada y casi súbita de Adriana Lecouvreur, a despertar las sospechas de un envenenamiento criminal. Y mientras las sospechas de ese crimen agitaban sus alas siniestras al rededor del cadáver de la hermosa Adriana, execrables preocupaciones religiosas suscitaban dificultades para la sepultación de sus despojos.

Adriana había ganado en el teatro una fortuna. Era pues, una de esas parroquianas que los curas van siempre a visitar en sus últimos momentos. «Quédese tranquilo—le dijo a un vicario que la vino a visitar el día de su muerte—Sé lo que lo trae, señor abate; no he olvidado sus pobres en mi testamento». Y en efecto, había dejado un legado considerable para los pobres de la parroquia de San Sulpicio. El cura recibió el espléndido legado de la actriz, pero se negó a recibir en tierra santa su cadáver.

Esa negativa horrible levantó un movimiento de indignación social, de que se hizo eco elocuente la pluma vengadora y humana de Voltaire, que en versos soberbios protestaba de que se negara sepultura a una mujer que los griegos habrían levantado en sus altares, a

Para calmar esa agitación social y evitar las peligrosas complicaciones de un conflicto, Maurepas le hizo saber al jefe de la policía de París, que el cardenal de Fleury no quería tomar parte en este asunto de la sepultación eclesiástica, y aceptaba lo que dispusieran el arzobispo y el cura de San Sulpicio. «Si persisten en negarla, como parece, será necesario sacarla de noche y hacerla enterrar con el menor escándalo posible».

Fué lo que se hizo. La noche del 21 de Marzo, una de esas noches lóbregas con que concluye el triste invierno de París, dos coches de posta vinieron a detenerse delante de esta puerta. Un momento después bajaron por la escala de piedra cuatro hombres llevando en peso un bulto extraño. Un empleado superior de los servicios fúnebres subió a uno de los carruajes; en el otro iban tres sepultureros. Se dirigieron a una cantera abandonada del barrio de St. Germain, hacia el ángulo S. E. de las actuales calles de Grenelle y de Bourgogne.

En ese terreno eriazó cavaron una fosa y arrojaron en el fondo el cadáver de Adriana Lecouvreur.

Después de la muerte de la gran trágica francesa obtuvieron del abate Bouvet una retractación en que declaraba que sus confesiones anteriores habían sido una fábula inventada, que todo había sido un cuento imaginario.

Esa retractación fué naturalmente acogida con sospechas y continuó pesando sobre la duquesa de Bouillon la sombra de esa acusación odiosa.

Sólo muchos años después, cuando se publicaron las *Memoirs* del abate Aunillon, se esclareció el secreto de esa inícua intriga. Declara el abate que «una dama de la Corte que él conoce y que no nombra, una persona de consideración, celosa y sin duda rival de la duquesa de Bouillon, había forjado toda esa máquina, no para envenenar a Adriana Lecouvreur, sino para perder de reputación a la desgraciada duquesa cuyo nombre se tomaba.»

Esa infamia era la que llevaba oculta el pequeño abate, jobado, que vimos deslizarse por la escalera monumental. El recuerdo de Racine llevó a la hermosa y soñadora Adriana a esa casa trágica en que después vino a vivir Mademoiselle Clairon, la entusiasta y ardiente Mademoiselle Clairon. Sin em-

bargo, esa alegre soñadora no venía aquí persiguiendo una sombra que la inspirase, un fantasma brillante. No, ella misma nos dice en sus *Recuerdos* que vino aquí a buscar la tranquilidad y el silencio. «Necesitaba un poco de tranquilidad para mis estudios y para mi pobre salud comprometida. Me hablaron de una casa en la calle del Marais St. Germain (ahora Visconti); me dijeron que Racine había vivido en esa casa... Es ahí donde quiero vivir y morir».

Ahí no murió sin embargo, esa mujer deliciosamente encantadora, cuyo nombre no puede pasar por nuestros labios sin dejar en ellos el sabor de una sonrisa exquisita. Es la sonrisa de su recuerdo. Fué a visitar a Voltaire en Ferney. Iba a visitar al escritor a quien debía sus más grandes triunfos en la escena y a quien admiraba con un entusiasmo apasionado. En presencia de Voltaire la hermosa actriz se dejó llevar por su entusiasmo juvenil; con una profunda emoción le habló de la admiración que sentía por su genio, del esplendor que había derramado sobre el arte, del templo de la gloria, del Parnaso, y concluyó pidiéndole que le permitiera arrojarse a los pies del Apolo que inspiraba el gran teatro francés.

Y representando a lo vivo aquella escena, la Clairon se precipita a los pies de Voltaire. Voltaire también se arrodilló, y con la más cariñosa de sus sonrisas le dijo: «Ahora que estamos en la tierra, señorita, ¿cómo le va a Ud?» *Maintenant que nous sommes par terre, Mademoiselle, ¿comment vous portez vous?*

Con la sonrisa de ese recuerdo delicioso, bajamos la escalera de Mlle. Clairon. Esa escalera y las puertas, es todo lo que queda intacto de aquella época. El departamento ha sido completamente transformado por las exigencias de la vida moderna y ya no vale la pena de entrar a visitarlo.

Al lado de ese antiguo palacio hay en el número 17 una casa relativamente nueva. En un enorme rótulo que atraviesa toda la fachada se lee: «*Cahiers d'école.—Herment, Successeur de Garnier.—Fabrique de registres*».

En esa casa fué donde Balzac tuvo su imprenta. Ahí vivió cuando vino a establecerse en París. Ahí conoció todo el esplendor de las grandes ilusiones y todas las angustias del de-

sastre; toda la amargura del que se hunde en medio de una espantosa tempestad y el bálsamo inefable que derrama la ternura sobre las heridas incurables; ahí conoció las tristezas de su gran fracaso y encontró los consuelos de una mujer divinamente buena, a quien escribía, al dedicarle su retrato: «*Et nunc, et semper!*» «*Ahora y siempre!*»

En esta casa en que Balzac trabajó y amó con una pasión encantadora, en que luchó de una manera desesperada, desgarradora para levantar una fortuna, y en que sintió las alegrías sin límites de un amor verdadero, en esta casa, delante de la cual no pasó nunca sin suspirar, como nos dice su hermana, aquí quedó guardado el secreto del gran drama de la vida de Balzac.

El mismo, en sus *Ilusiones Perdidas*, nos ha dejado una descripción muy viva de ese rincón pintoresco y silencioso del París antiguo, en que instaló su imprenta con un éxito tan poco afortunado.

En esa misma casa vivieron también dos grandes pintores, De la Roche y Delacroix, que figuran entre los grandes artistas de su tiempo, y vivió también un tipo extravagante y curioso que se firmaba: «*Ducornet (nacido sin brazos)*». «Lo he visto trabajar muchas veces,—dice Pongin en una anotación biográfica—con el pié descalzo. Tenía la estatura de un enano, disforme, con una cabeza enorme y una voz estruendosa, era muy curioso, y ese personaje desgraciado se llamaba Cesar!»

En la misma casa, recorriendo el departamento de Balzac, pudimos recojer estos detalles.

Después de ese primer desastre de sus especulaciones industriales, fué a instalarse en la calle de Tournon en 1828.

Hablando de esa época de la vida de Balzac, cuenta su hermana que si entonces no volvió «a una cobacha como la de la calle Lesdiguières, fué porque sabía que en París se especula con todo, hasta con la miseria.

«En un granero no me darán nada por mis obras, me repetía con frecuencia.

«El lujo que afectó—agrega—que le han reprochado tanto, y sobre todo exagerado tanto, era un medio de tener mejor precio para sus libros».

Solo esta vaga alusión encontramos en nuestras notas sobre la casa de Tournon, en que Balzac trató de realizar uno de sus aforismos familiares: «*pour reussir dans la vie il faut avoir l'air d'avoir reussi*», para conseguir el éxito en la vida es necesario parecer haberlo conseguido!

Más conocida que esa casa de la calle de Tournon es la que habitó después Balzac en la calle de Cassini. Encontramos una vista de esa casa en una obra muy curiosa sobre «Las habitaciones de los personajes más célebres de Francia desde 1790 hasta nuestros días» publicado en Paris por A. Régnier, libro que muchas veces consultamos con provecho en la Biblioteca Nacional de Francia.

George Sand, que lo fué a ver en esa época, dice que Balzac ocupaba en la calle de Cassini «un pequeño departamento situado en el fondo de un jardín. Era una hilera de piezas decoradas con elegancia y amuebladas con objetos deliciosos del siglo XVIII.

«Ahí la recibió con una benevolencia familiar. Le alabó su talento, le hizo grandes elogios de *Indiana* y después le habló de sí mismo, de sus proyectos, y se hizo inagotable de verbosidad y de imaginación.

«En el curso de la conversación nombró a Rabelais. Jorge Sand le confesó que no lo había leído.

«Es posible! exclamó. Y se lanzó en una magnífica tirada sobre el autor de Pantagruel.

«Jorge Sand salió deslumbrado de la calle Cassini.

«Este hombre tendrá todo el porvenir que sueña, decía al salir. Comprende demasiado bien todo lo que no es él para que no haga de sí mismo una gran personalidad.

Algunos días después volvió a comer a la casa de la calle de Cassini.

El *menú* era algo extraordinario.

Carne cocida, melón y champagne helado.

Después de la comida Balzac se puso una hermosa bata nueva que quería mostrarle, con la alegría de una muchacha. Vestido con esa bata los acompañó hasta la verja del Luxemburgo. Llevaba en la mano un candelero de plata cincelada con una vela encendida, y les hablaba de sus cuatro caballos árabes,

que no tenía todavía pero que tendría luego—que no ha tenido nunca pero que ha estado convencido que tenía durante mucho tiempo. Así podía haber llegado al otro extremo de París».

Hablando Balzac sobre esa casa recuerda en una de sus cartas, un tapiz de Persia que tenía en su dormitorio y que debía ser uno de los lujos de su productiva instalación.

Perseguido por los desastres económicos tuvo después que abandonar también la casa de la calle de Cassini.

«He salido con pena de la calle de Cassini—escribía en 1836 a la condesa Hanska—No sé todavía si podré conservar algunas partes del mobiliario que me interesan, lo mismo que mi biblioteca. He hecho de antemano todos los abandonos, todos los sacrificios de pequeños goces y de recuerdos; todo eso sería poco para apagar la sed de los acreedores y apagarían la mía durante mi marcha en el desierto y en los arenales en que voy a entrar. Dos años de trabajo pueden cancelarlo todo, pero me parece imposible no sucumbir con dos años de esta vida».

De la calle de Cassini se trasladó Balzac a la modesta calle des Batailles (Chaillot).

Con amargura escribía en una de sus cartas: «derrumbadas todas mis esperanzas, habiendo abdicado forzosamente, refugiado aquí, en la antigua bohardilla de Jules Sandeau, en Chaillot, el 30 de Septiembre de 1836, en los momentos en que por segunda vez en mi vida, me encuentro arruinado por un desastre imprevisto y completo, y que a las inquietudes del porvenir se une el sentimiento de la profunda soledad en que ahora entro solo...»

Esta última frase es una delicada alusión a las condiciones tan diversas en que se había encontrado después de su primer desastre en 1828, entonces, como él dice, «yo no tenía 29 años y tenía un angel a mi lado».

En esa bohardilla fué afortunada y dura la vida de trabajo. Ahí Balzac escribió mucho.

Vemos en sus cartas de aquella época que pasa largas temporadas en Angulema, en Aix, en Saché, en Marsella, en Milán, viaja por Italia, recorre la Córcega, el Piamonte, la Suiza.

La fortuna parece entonces sonreírle. Sus libros se venden,

las revistas le pagan más razonablemente su trabajo, y los sueños de gloria y de fortuna parecen principiar a realizarse.

Esas alegres ilusiones empujan a Balzac a la compra desastrosa de un terreno en Ville d'Avray, donde proyectó la suntuosa construcción de *les Jardies* y donde ahora visitamos la histórica casa de Gambetta.

El terreno era pendiente; se derrumbaron las murallas y junto con ellas rodaron por el suelo los espléndidos proyectos.

A las penalidades de un trabajo de forzado, que hicieron tan amarga su vida en *les Jardies*, vino a agregarse la más desgarradora de las pérdidas.

«Usted sabe, le escribía a su amigo Garreaude, que he sufrido una pérdida cruel, que ha herido mi vida».

«Mi hermano, decía su hermana, estaba entonces agobiado por un gran pesar. Sólo puedo publicar de su voluminosa correspondencia lo que se refiere a él o a sus obras, y mostrarlo sólo bajo el aspecto de hijo o de hermano; estas restricciones privan al público de algunas páginas interesantes, sobre todo de las que me dirigió después de la muerte de una persona muy querida. Es lo que he leído de más elocuente en la expresión del dolor».

Tal vez nos explicaríamos después esa reserva, y encontraríamos en una manera de sentir profundamente femenina el secreto de esa silenciosa discreción.

A ese golpe de maza con que lo abrumaba el infortunio se agregaban los alfilerazos envenenados de la crítica. Balzac vivía en medio de un enjambre de enemigos que lo asediaban con sus ataques incesantes y obstinados. La mordacidad de esas críticas llegó a una ferocidad que obligó a Balzac a recurrir a los Tribunales de Justicia.

El cuerpo del delito era una litografía publicada en la *Gazette des Ecoles* que representaba a Balzac en un calabozo de Clichy (la prisión por deudas), vestido de fraile y sentado a una mesa en que se veían botellas de vino y una copa de champagne. En el brazo izquierdo tenía una pipa que estaba fumando y con el brazo derecho rodeaba la cintura de una muchacha. Debajo de esta litografía se leía: *El reverendo padre don Seraphitus Misticus Goriot, de la orden regular de los hermanos de Clichy, re-*

cibe en su soledad forzada los consuelos de Sancta Seraphita. (Escenas de la Vida Oculta, continuación de las Escenas de la Vida Privada).

Y el pobre Balzac, en medio de ese cruel desgarramiento del dolor, de esos fastidios de un proceso, sentía que el terreno se hundía debajo de sus pies y que a pesar de todos sus esfuerzos las deudas lo arrastraban a un abismo, y que era necesario resolverse a sacrificar hermosas esperanzas, abandonar su fantástico Jardies de Ville de Avray, y buscar un refugio más modesto y menos peligroso.

Fué a buscar ese asilo del trabajo y de los sueños en Passy. Ahí vivió en una casita que dominaba la colina, desde 1840 hasta 1849, en la época más admirable y más fecunda de su vida de escritor.

Sus discípulos y admiradores han consagrado esa casa como «la Casa de Balzac».

Una sociedad literaria adquirió la propiedad y ha transformado la pequeña habitación en un museo, en que reúne todos los recuerdos del formidable autor de la «Comedia Humana».

Un día de primavera tranquilo, asoleado, en que brillaba luminoso uno de esos cielos azules tan raros en París, tomamos en la plaza de la Bolsa un autobús que nos llevara a la plaza de Passy.

Atravesamos los boulevares, los Campos Elíseos, la Avenida Friedland pasando delante de la hermosa estatua de Balzac, obra de Falguières.

Llegamos a Passy. En la época en que Balzac se vino a instalar a esa colina, Passy—como él decía—era la provincia.

Ya no era como el siglo XVIII el sitio de las residencias favoritas de los grandes financistas. Eso había pasado, dejando como testimonio de esos días de esplendor, los fastuosos palacios, pero habían desaparecido las fortunas que les daban vida y se había apagado el ruido de sus sonoros y vacíos casca-
beles.

A mediados del siglo XIX el barrio brillante de los financistas había pasado a ser un barrio alejado del centro de París, a donde iban a buscar un alojamiento desahogado las familias numerosas y las fortunas modestas.

Las calles solitarias y silenciosas de Passy tenían grandes jardines y todo el aire de la vida provinciana.

Ahora París ha absorbido la colina; la ha acercado con sus fáciles medios de transporte, le ha dado al terreno un valor considerable, han desaparecido los jardines, y se han levantado, en medio de los palacios, grandes edificios de alojamientos estrechos y baratos.

Esas transformaciones le han dado ahora a Passy una fisonomía y una vida mui diversa de la que tenía en tiempo de Balzac. Ahora es una población de obrerillas de las fábricas, vendedoras de las tiendas, dactilógrafas, empleadas de almacén, de ese mundo de las *midinetas* que han venido a reemplazar en nuestros días a las *grisetas* de otro tiempo.

Ahora Passy tiene horas de bullicio y días de fiesta, cuando recorren sus calles bandadas de esas alegres y ligeras mariposas de la vida obrera, que vienen del taller o gozan del descanso. Fuera de esos momentos de animación y de ruido, en las calles desiertas de Passy hay un silencio melancólico y profundo, el triste silencio de un convento.

La plaza de Passy es de una forma irregular, angosta, larga; rodeada con una reja de fierro, vieja y sin gracia. Es una plaza fea. Lo único que vale ahí son los árboles que tienen la belleza majestuosa de los años. Esos árboles enormes extienden noblemente sus brazos protectores sobre los bancos y los pequeños jardines de la plaza.

El sol cae a plomo sobre la plaza. Sólo hay sombra debajo del follaje. Una bandada de «moineaux» picotea alegremente en el pasto del jardín. Eso es todo lo que se mueve; nadie pasa por esa plaza desierta; todo parece dormir en la resolana, apacible; hay no sé que misterio en ese rincón solitario.

De la plaza de Passy tomamos por la calle de la Anunciación. Pasamos delante de la iglesia vieja, ruinoso, que le ha dado su nombre a esa calle, y llegamos a la calle de Raynouard.

Es una calle un poco a trasmano, estrecha, sinuosa; es una calle tranquila en que se siente ahora mismo un silencio de aldea. Ya quedan pocos restos de la calle antigua. Casi todos los edificios de cuatro o cinco pisos tienen todavía el color blanco amarillento de la piedra nueva. Hay ya muy pocas casas viejas,

pero conserva su aspecto de otro tiempo, la que lleva el número 47.

Al lado de la puerta hay un medallón en que asoma la cabeza vigorosa y acentuada del autor de la «Comedia Humana», y debajo se lee en una pequeña plancha de mármol: «Honoré de Balzac. 1779-1850».

Esa es la casa de Balzac. En su tiempo esa calle se llamaba la rue Basse y la casa tenía el número 19.

En 1864 le dieron a esa calle el nombre de Raynouard, que había muerto en una de esas casas en 1836. Raynouard era un viejo girondino, que había estado preso en la Abadía y por una rara fortuna escapó de la guillotina el 9 thermidor. Era una figura pintoresca que conservó hasta una edad muy avanzada los aires y el lenguaje de un convencional. Aspero; inquieto; mirándolo todo con un aire distraído, con una indiferencia displicente, dejando ver en todos los detalles de su vida una honradez acrisolada y una hermosa elevación moral.

Ese sobreviviente de los días de la revolución francesa, que había oído a Mirabeau en la Asamblea Nacional, a Robespierre en el club de los jacobinos y a Madame Roland en su pequeño salón de la calle Guenegaud, no solo había conservado las exterioridades sino también el alma de su tiempo.

Raynouard escribía tragedias y una de sus obras mereció los honores de una representación de gala en la Comedia Francesa.

Es toda una aventura. No sabemos por que camino llegó hasta Napoleón la tragedia de «Los templarios» de Raynouard. Napoleón se encantó con ese drama, hizo algunas correcciones con su pluma, indicó algunas variantes y ordenó que se representara la obra que había honrado con su colaboración.

Cuando se estrenó la pieza en presencia de Napoleón, nadie sabía cuales eran las frases imperiales y todos aplaudían estrepitosamente los arranques teatrales en que sospechaban una inspiración del soberano.

En esa representación aplaudir a Raynouard era de todos modos lisonjear a Napoleón, y los cortesanos cumplieron heroicamente su deber. «Los templarios» tuvieron un éxito asombroso, y el ruido de esos aplausos siguió a Raynouard durante todo el curso de su vida.

A ese hombre del pasado le gustaba vivir en plena luz, mostrarse en todas partes. A Balzac, ese hombre del porvenir, que vino a vivir después en la misma calle, le gustaba por el contrario vivir en la sombra, esconderse en un rincón oscuro, ignorado, en donde pudiera pasar sin ser apercibido.

Ha sido un fenómeno curioso la especie de misterio que ha rodeado siempre la casa de Balzac en Passy. Esa casa, apesar de todo su interés, no figuraba en los guías y era para los turistas un secreto de difícil solución.

En tiempo de Balzac mismo no era fácil conocer su dirección. En Junio de 1844—cuando hacía algunos años que vivía en Passy—en una carta al Vicario del arzobispado de París le decía: «Vd. podrá contestarme, señor abate, con la dirección de Mr. Brugnol, rue Basse N.º 19, Passy, haciéndome el pequeño servicio de olvidar que vivo ahí, *porque el secreto de mi retiro es importante para mi tranquilidad*».

Ese misterio no tenía simplemente por objeto escapar a la persecución de acreedores implacables, porque en el extranjero, en sus viajes, ocultaba también su dirección. Era un rasgo singular de su carácter, como el uso de nombres imaginarios, en lugar del nombre propio.

Pero en fin ya se ha roto para nosotros el sello que guardaba ese secreto y todos sabemos la dirección de Balzac en la colina de Passy.

Su casa, en que vamos a entrar, en la calle Raynouard está edificada en graderías, practicadas en la pendiente de la colina.

Franqueada la puerta, seguimos un largo pasadizo, bajamos una escalera, continuamos por otro pasadizo y en seguida bajamos una nueva escalera, que nos lleva a un patio interior del edificio.

En el fondo de ese patio está aislado el pabellón en que vivió Balzac. Ahí escribió la mitad más hermosa de la *Comedia Humana*.

Delante de la puerta de ese pabellón hay una mampara de vidrio. Cuando tiramos el cordón del portero sentimos resonar la campanilla en el patio solitario.

La puerta da entrada a un vestíbulo angosto, no muy largo

—2 metros de ancho y 5 metros de largo.—Están pintados de azul claro el techo y las paredes, como en tiempo de Balzac.

En la muralla del frente hay una reproducción en yeso del medallón de David d' Angers y en el fondo vimos, sobre un zócalo desgraciado, el expresivo busto de Balzac esculpido por Hebert.

Frente a la puerta del vestíbulo se abre la puerta del comedor y sobre esa puerta se lee: *Parva domus, magna quies*.

En el fondo del vestíbulo, a la derecha de la entrada, se abre la puerta del dormitorio.

Ese vestíbulo es sombrío, vulgar, sin carácter. Las soberbias esculturas de esa pieza parecen ahí fuera de lugar y en condiciones que no las favorecen.

El busto de Hebert parece inspirado en el retrato que hace Lamartine de esa fisonomía tosca, fuerte, en que hay algo de excesivo y de monstruoso, que más bien que la figura de un hombre parece la figura de un elemento. Pero esa cabeza, al mismo tiempo grandiosa y vulgar, se ilumina con una mirada de una bondad inefable.

Ese contraste de su fisonomía es un reflejo de su espíritu hecho todo entero de contraposiciones violentas; porque ese gran maestro del realismo, ese observador apasionado de las trivialidades de la vida, era al mismo tiempo un soñador incorregible, que vivió toda su vida en medio de ilusiones.

Al pasar vimos colgado en la pared un cartel: *Concert aux Chandelles*, ¿qué significaba ese anuncio de un concierto a la luz de las antorchas? Es que ahí, en esos jardines, los amigos de Balzac tratan de evocar recuerdos de otro tiempo, y con los trajes de 1830, vienen los personajes de la Comedia Humana a bailar en la noche, a la fantástica luz de las antorchas.

—«En este invierno ha habido siete u ocho de esos conciertos, que son muy concurridos y muy interesantes» nos dice el portero.

Esa fantasía pintoresca tenía antecedentes. Recuerda Sainte-Beuve en sus charlas literarias que hubo un momento en que la sociedad de Venecia tuvo la idea de tomar los nombres y representar los personajes de la Comedia Humana. Durante to-

da una temporada no se vió más que Rastignacs, duquesas de Langeais, duquesas de Maufrigneuse, y aseguran que más de un actor o actriz de esa comedia de sociedad quiso representar demasiado a lo vivo su papel.

Entramos al dormitorio que es la pieza más espaciosa del pabellón. Hace ángulo, y grandes ventanas que se abren al patio y al jardín, dejan pasar la luz, el aire embalsamado y el canto alegre de las primeras golondrinas.

Las paredes del dormitorio estan cubiertas con un papel nuevo que reproduce los colores y el dibujo del papel antiguo. Se conserva la chimenea de los tiempos de Balzac, algunas sillas y a lo largo de la muralla se ha colocado un bajo relieve en que figurán personajes de la Comedia Humana.

De ese dormitorio, en que se respira una tranquilidad alegre, se pasaba a una pieza angosta, que Balzac hizo dividir. Una parte de esa pieza quedó destinada para servir de repostero. Era la despensa en que Balzac guardaba la fruta cuyo penetrante olor se hacía sentir desde que se entraba al pabellón.

Levantando unas tablas del piso se descubría una escalera de servicio, que era tambien una escalera de escape, por donde Balzac podía huir de sus acreedores sin ser visto.

—«Utilizaba con frecuencia esa escalera, el pobre desgraciado» nos dijo el portero con una magnífica compasión de circunstancias: «*Il l'utilisait assez souvent, le pauvre malheureux!*»

La otra parte de la pieza dividida es un pasadizo estrecho que va del dormitorio al comedor.

El comedor es la pieza que se conserva más completa. Está ahí la gran estufa de porcelana que calentaba casi todo el pabellón, está la mesa de encima, la suntuosa lámpara de bronce, que era el lujo de la casa y algunas sillas.

En la pared hay suspendido un retrato de la Jorge Sand en traje de hombre, con sombrero de copa alta y corbatín—traje de 1830—y un retrato de Víctor Hugo.

En una repisa se muestran algunos útiles de comedor.

Sigue el salón. En tiempo de Balzac estaba tapizado con una tela azul, ahora cubre las paredes un papel de ese color. Una gran puerta y dos ventanas se abren sobre el jardín, que ofrece una vista de una poesía vaga, soñadora.

Desde la puerta del salón veíamos en el jardín un banco rústico y un busto de Balzac, que desde lejos hacía la impresión de esos bustos de los faunos asomados entre el follaje de los antiguos jardines italianos.

En un ángulo del salón está la estatua en pié de Balzac que es una elegante escultura de Pattinatte de una gracia afectada que contrasta con la desenvuelta naturalidad del escritor.

En una vitrina vemos todo lo que queda del guarda-ropa de Balzac: una chaqueta de trabajo de brin blanco y un chaleco de abrigo, tejido.

Algunos muebles y muchos dibujos, caricaturas y grabados, recuerdan amigos o personajes de las novelas de Balzac.

Durante largo rato desde una de las ventanas del salón contemplamos la perspectiva melancólica y vaporosa del jardín. Es un cuadro de Corot, de tintes grises, envueltos en una gasa tenue, sentimental y delicada.

La pieza de trabajo está al lado del salón, formando el otro ángulo del pabellón.

Tiene una ventana que da al jardín y dos que dan a la calle de Berton.

La pieza es espaciosa, baja. Las paredes están cubiertas por un tapiz rojo, que lo envuelve todo en una luz discreta.

Sentimos una impresión extraña al entrar en esa pieza de trabajo; sentimos el contacto indefinible, misterioso, de lo que llamaban tan propiamente los latinos el *genus loci*, el genio del lugar, el espíritu que ha dado animación a todo aquello.

Cerca de la ventana está la pequeña mesa de Balzac. Es una mesa de encina, sencilla, de patas salomónicas. La cubre una carpeta de tela gruesa.

Delante de la mesa está el sillón de Balzac: un sillón Luis XIII, también de encina, de respaldo casi derecho, con brazos de madera al aire libre.

Una señora mirando ese sillón me hizo una observación exquisitamente femenina. Debajo de la tapicería bordada de cañamazo, que ahora lo cubre, hay un tapiz de terciopelo que Balzac ha querido conservar. Hay en eso la sombra de un recuerdo cariñoso que se quiso guardar para siempre.

Encima de la mesa, en la pared, hay suspendidos dos cartones.

En uno se lee: «J'ai vu bien des jours de misère, et avec l'énergie et surtout des illusions je m'en suis toujours tiré». (Lettre a Jane).—He visto muchos días de miseria, y con energía y sobre todo con ilusiones he conseguido siempre salir de ellos.

En el otro: «Je ne voudrais pas que l'on crut que j'ai l'orgueil feroce de certains auteurs; mes doutes sur moi même sont infinies, je ne suis sur que de mon courage de lion et de mon invincible travail». (Lettre a Mme. Perloné).—No quisiera que creyeran que tengo el orgullo feroz de algunos escritores; mis dudas sobre mi propio valor son infinitas; sólo estoy seguro de mi coraje y de mi trabajo invencible.

Encima de esos cartones hay una inscripción en la muralla: *La gloire est le soleil des morts!* La gloria es el sol de los muertos! Y debajo una esquila de invitación a los funerales de Balzac fechada el 18 de Agosto de 1850.

Esta es la pequeña mesa de trabajo en que ha tejido laboriosamente Balzac la trama de sus novelas imaginarias; esta es la mesa en que ha escrito el drama de su propia vida en las cartas apasionadas a la Condesa Hanska.

Mirando esa mesa recordaba una de esas cartas en que le decía: «Mi hermosa vida secreta me consuela de todo. Ud. temblaría si le contara todas mis angustias que, como Napoleón delante de un campo de batalla, olvido al sentarme delante de mi pequeña mesa. Entonces me rio y quedo tranquilo. Esta pequeña mesa pertenecerá a mi amada, a mi Eva, a mi esposa. La poseo hace diez años y ella ha visto todas mis miserias, ha secado todas mis lágrimas, ha conocido todos mis proyectos, ha escuchado todos mis pensamientos; mi brazo casi la ha gastado a fuerza de rozarla».

En otra de esas cartas decía a la Condesa que sobre esa mesa habia trabajado miserablemente. «Lo que yo llamo trabajar—le agregaba—es algo que es necesario ver y de que ninguna palabra puede dar idea; lo que he hecho desde hace un mes habría agotado a un hombre bien organizado. He corregido los tomos XIII y XIV de la Comedia Humana. He concluido *Bea-*

triz, he escrito y corregido artículos para el *Diable a Paris* y he arreglado algunos negocios. Todo eso no es nada, no es trabajar; trabajar, mi querida Condesa, es levantarse a media noche, escribir hasta las 8 de la mañana, almorzar en un cuarto de hora, escribir hasta las 5, comer, acostarse y volver a comenzar al día siguiente, y de ese trabajo salen 5 volúmenes en 40 días... Ahora necesito escribir 6 volúmenes de *Los Campesinos* y 6 pliegos de la Comedia Humana, en atención a que es lo único que me falta para terminar esta edición que tendrá 17 volúmenes. Espero una segunda para 1846 y esta segunda tendrá 24 volúmenes y puede producirme 200 000 francos».

Pero ese espantoso desgaste cerebral debía necesariamente hacer pedazos la organización de Balzac.

Después de algunos años de esa vida absurda, a que lo condenaba la necesidad imperiosa de pagar las deudas que arrasaba penosamente, como una cadena de galeote, principió a sentir su agotamiento.

Los médicos a quienes consultó le hicieron ver el tremendo desastre que sería el desenlace de su régimen de vida.

En una de sus cartas a la Condesa Hanska le decía: «Me ha interrumpido el Dr. Nacquart; me ha reconvenido ásperamente porque me encontró escribiendo después de todo lo que él me había dicho a ese respecto. Ni él, ni ninguno de sus colegas y amigos médicos pueden concebir que se someta el cerebro a semejante exceso. Me dice y me repite con un aire siniestro que esto acabará mal; me suplica que siquiera ponga algún intervalo de reposo entre estas orgías cerebrales (así las llama). Los esfuerzos de la *Cousine Bette*, improvisada en seis semanas, lo han espantado. Me ha dicho: «esto acabará necesariamente por algo fatal». El hecho es que yo mismo me siento afectado en cierto modo; en la conversación a veces me cuesta mucho encontrar los sustantivos. La memoria* de los nombres se me escapa. Ya es tiempo de que descanse! Si no hubiera tenido la preocupación de mis cuidados financieros, los cuidados que tenía que prestar al arreglo definitivo de mi pequeña casa habrían sido una feliz y buena distracción para mis ocupaciones literarias. También he sido desgraciado a este respecto. Cuando el doctor me hacía estas observaciones sobre

mis excesos literarios, le dije: Pero, mi amigo ¿ha olvidado Ud. mis deudas? Tengo obligaciones, me he comprometido a pagar en plazos fijos y no podría faltar a esos compromisos; necesito ganar plata, es decir escribir hasta que haga caer mis cadenas a fuerza de coraje y de trabajo».

En esa tarea abrumadora, desesperante y horrible, Balzac se inclinaba sobre su mesa de trabajo, soñando con los días afortunados en que se pudiera levantar de la miseria y volar libremente hacia sus fascinadoras y nobles esperanzas.

Entretanto era necesario trabajar, someterse a ese resignado y alegre fatalismo que está en el fondo de la filosofía de Balzac. «Nous sommes du même pays, Madame, du pays des larmes et de la misère». Somos del mismo país, señora, del país de las lágrimas y de la miseria».

Al lado de esa mesa de trabajo, está el «relicario» de Balzac. Es una vitrina en que encontramos el molde en yeso de las manos de Balzac. Es una mano fina, de una delicadeza casi femenina, de dedos largos. Esa mano sorprende en el cuerpo fuerte y tosco de Balzac.

También está ahí la cafetera de loza que tenía siempre al alcance de su mano. El café era el excitante de que abusaba Balzac para mantenerse despierto en sus largas y fatigosas veladas literarias. Absorbía una tras otra las tazas de la bebida de sus horas negras, para disipar el sueño y los fastasmas. Así fué preparando la enfermedad del corazón que puso un término prematuro a su existencia.

Vemos también en la vitrina una caja de hueso para guardar rapé. Era el otro excitante de que Balzac hacía un consumo apasionado.

Un coqueto neceser para escribir, con útiles de nácar. El lujo elegante de ese estuche hace suponer que era un obsequio y un recuerdo.

Hay un aplastador de mármol con una máscara de la Comedia fundida en bronce. Fué mandada arreglar por Paul Bourget con un fragmento de mármol de la casa de la calle Fortuné, ahora calle Balzac, donde murió el escritor. Su casa fué demolida para dar más espacio a los jardines de la baronesa Rothschild.

Hay también en esa vitrina un candado grueso, ordinario, con que Balzac acostumbraba asegurar su puerta; y una espesa chaqueta colchada para traje de interior y de trabajo.

En un marco suspendido en la muralla hay dos reproducciones fotográficas de pruebas corregidas por él. Es curioso ver en esas planchas el trabajo escrupuloso de Balzac y la lluvia de adiciones que dejaba caer sobre ellas.

Me sorprende que no hayan podido conseguir pruebas originales los amigos de Balzac y las tengan que reemplazar con pobres copias fotográficas en esta galería de recuerdos.

Me sorprende, porque yo he conseguido obtener una de esas pruebas que lleva en si misma el testimonio de su autenticidad y en que se deja ver todo el laborioso esfuerzo de las composiciones de Balzac.

Hay también suspendido en la pared un hermoso crucifijo de bronce que dejó en legado a Madame de Pierreloge al lado un rico marco vacío, destinado para recibir un pequeño Rembrandt.

Entre todos esos recuerdos curiosos encontramos retratos que nos detuvimos a mirar.

Uno es el retrato del padre, Francisco Bernard de Balzac. Es una figura aparatosa, pesada, fuerte, de rasgos sin distinción y sin carácter. Se ha hecho retratar con traje militar, a pesar de que sólo tuvo en el ejército el modesto papel de proveedor.

Era un meridional, que antes de la revolución francesa había vivido en el Languedoc como abogado, y cuando estalló el movimiento popular entró a ocuparse en el servicio de los víveres. En ese servicio levantó una pequeña fortuna, y cuando ya creyó sólida su situación, en 1797, se casó con la hija de un director de los hospitales de París.

Tenía entonces 51 años, pero se consideraba joven todavía porque estaba completamente decidido a vivir un siglo por lo ménos. Vivir mucho era la preocupación constante de ese hombre que había consagrado su vida a cuidar de su salud.

El «estado perfecto», el «equilibrio de las fuerzas vitales» eran expresiones que aparecían constantemente en sus conversaciones, traicionando la preocupación dominante de su espíri-

tu. A la sombra de esa preocupación tenía que brotar el egoísmo y producir sus frutos más monstruosos. Y en efecto, el egoísmo, un egoísmo sin vacilación y sin piedad, era la base fundamental de su carácter.

Como todos los grandes egoístas era aparatoso y magnífico, no vacilando mucho en atribuirse todo lo que pudiera rodearlo de prestigio. Llegó hasta imaginarse no se qué tradiciones de nobleza y de fantásticos blasones que fueron materia de alegres comentarios entre los que conocían sus orígenes modestos. Tal vez su hijo fué el único que tomó a lo serio esas historias.

Era hombre de una vasta lectura literaria, pero caprichosamente instruido. En una época se consagró al estudio de la China. Devoró una biblioteca sobre el gran imperio del Oriente y la razón de ese interés apasionado era porque la China era la nación más antigua de la tierra, la que había tenido una vida más larga, y esa inmensa vejez lo fascinaba.

Su hija Laura, que se ha empeñado en hacer la más cariñosa evocación de la figura de su padre, resume sin embargo esa figura original y extravagante en esta frase: «era de una sinceridad reveladora, un personaje de los cuentos fantásticos de Hoffmann».

Al lado del retrato de su padre, encontramos suspendido en el escritorio de Balzac, el retrato de su madre, Laura Sallambier. Era una fisonomía distinguida, fina; una cara ovalada, de líneas delicada y correctas. «Mi madre,—decía la hermana de Balzac—rica, bella y mucho más joven que él, tenía una viveza de espíritu y de imaginación, una actividad infatigable y una gran firmeza en sus resoluciones».

Pero... con la misma pluma con que nos ha bosquejado esa fisonomía de una encantadora suavidad, escribe la hermana de Balzac a propósito de *Seraphita*: «Mi madre muy ocupada de ideas religiosas, leía los místicos y los había coleccionado. Honoré se apoderó de las obras de San Martín, de Swedenburg, de Madame Guyon, de Boehm, que formaban más de cien volúmenes y los devoró... se sumergió en el estudio del sonambulismo y del magnetismo, que se enlazan con el misticismo, y mi madre entusiasta por lo maravilloso le procu-

ró oportunidades para hacer esos estudios; ella conocía todas las magnetizadoras y sonámbulas célebres de esa época».

Eso nos hace comprender el carácter de la madre de Balzac: reservado, seco, sin expansiones; es mística y supersticiosa, es una devota y como todas las mujeres piadosas es sin piedad, de una severidad sin ternura.

El matrimonio de Bernard de Balzac y Laura Sallambier no fué precisamente un matrimonio de amor. El había pasado ya de 50 años y ella vivía demasiado preocupada de la vida eterna para mirar con interés los idilios sentimentales de este mundo. El matrimonio tuvo la frialdad del interés y del deber. Ahí no se sentía el amoroso calor de los afectos. Al contrario, se sentía por todas partes una glacial indiferencia. En ese hogar duro, en ese suelo de roca no podían prender las raíces frágiles de ninguna flor.

Ahí creció Balzac, ahí conoció las amarguras del aislamiento moral, de esa monstruosa soledad del alma, que lo hizo aspirar con avidez por una atmósfera cariñosa y correr toda su vida detrás de una generosa y consoladora simpatía.

Persiguiendo el fantasma de ese amor encontró Balzac dos mujeres, una al principio y otra al fin de su existencia.

La última fué la condesa Hanska que se casó con Balzac poco antes de su muerte. El retrato de ella, que vemos en esa pieza de trabajo, la representa en los años más ingratos de la vida de una mujer, cuando los años, como un reactivo feroz disuelven esas hermosuras efímeras que no han sido fundidas en el puro metal de la belleza. Es una figura imponente, con cierta majestad de aparato que se siente un poco hueca, es lo que llamamos en el lenguaje vulgar, una figura conservada, de carnes demasiado blandas, un poco fofas, que han perdido la dureza elástica de las formas juveniles.

Su fisonomía es fuerte, imperiosa, friamente dueña de si misma revela energía, pasión; labios sensuales, ojos pequeños, una nariz de líneas desgraciadas. Ese retrato pintado por Gignoux no justifica las apasionadas y fascinadoras descripciones que hace Balzac de su Condesa.

Quizá lo mas hermoso que hay en esa mujer es la actitud con que extiende a Balzac su mano de Condesa. Ha luchado

antes de llegar a ese supremo sacrificio que nos hace ingenuamente sonreír. En ese conflicto hay uno de los rasgos más cómicos de la Comedia Humana, y lo que hay de más curioso es que, a pesar de su sagacidad y su penetración extraordinarias, Balzac vió representar esa comedia sin darse cuenta. Sorprende ver como ese psicólogo de un espíritu tan fino y delicado cae en la trama burda de ese drama imaginario en que lucha el corazón de la condesa entre el cumplimiento de los deberes que le impone el resguardo de los intereses de sus hijos y el afecto que siente por Balzac. En sus cartas le deja entrever el conflicto doloroso entre un amor apasionado y los escrúpulos de un elevado sentimiento.

En realidad las oscilaciones de la condesa no son tan elevadas. Se trata simplemente de elegir entre blasones nobiliarios y el nombre de señora de Balzac, de renunciar al título de condesa y aceptar en cambio la mano de Balzac.

Las horas de indecisión se prolongaron hasta que Balzac se vió libre de sus deudas, dueño de su porvenir y con una brillante fortuna en las puntas de su pluma infatigable. Entónces ella comprendió que había llegado el momento de compartir la fortuna y la gloria de Balzac y le dió su mano como una espléndida compensación por todos los sacrificios de su vida.

Un sentimiento de una ternura más delicada nos produce la contemplación de otro retrato, suspendido también en las paredes de esa pieza. Es el retrato de Luisa Antonieta de Berny, la *diletta*, aquella mujer divinamente buena que amparó a Balzac en sus días de tristeza y de miseria, y que tuvo fé en su genio cuando él mismo no se atrevía a sospecharlo.

Su nombre de soltera era Luisa Antonieta Hinner. Había nacido en Versalles en 1777. Su padre era de origen alemán, y su madre de una familia del Languedoc había sido camarera de María Antonieta. A esa circunstancia debió el honor de tener como padrino de bautismo a Luis XVI y a la reina de Francia, y debió también los nombres que llevaba.

Tenía, pues, más de cuarenta años cuando Balzac la conoció.

Era una figura delicada cuya expresión dominante era la de una tranquila dulzura. Era una mujer hermosa, con sus grandes ojos verdes, su nariz de un corte griego, sus labios con sinuosidades elegantes, su fisonomía ovalada, de líneas muy puras y de un color que recordaba el tejido de las camelias blancas.

Era pequeña, de formas suavemente redondeadas.

El destino había encerrado su existencia en el marco estrecho de una vida vulgar. Pero al lado de esa existencia material, en que vivía resignada, había para ella una vida ideal, en que extendía libremente las alas de sus sueños.

¿Por qué no podría recomensar la amistad de Mlle. Gournay y de Montaigne?

Como Modesta Mignon admiraba el acto de esa inglesa que vino a ofrecerse a Crebillon y se casó con él. La historia de Sterne y Elisa Draper fué para ella un encanto. En su imaginación era la heroína de un romance análogo; más de una vez estudió el rol sublime de Elisa. Su admirable sensibilidad tan graciosamente expresada en esa correspondencia, humedeció sus ojos con lágrimas, que según se dice, no asomaron nunca en los ojos del más espiritual de los escritores ingleses.

Su pensamiento dominante era hacer feliz y rico a un Tasso, un Milton, un Rousseau, a un artista, un poeta, un hombre superior. Penetrar en el corazón de una de esas grandes existencias, conocer los sufrimientos íntimos del genio, lo que quiere, lo que es, y consagrarse a consolarlo, a sostenerlo en sus vacilaciones, a mantener viva la fé en su destino superior, y procurarle todo ése bienestar material de que carece.

Ese era el poema de su vida ideal, el poema de compasión generosa, de sacrificio desinteresado, que duerme en el corazón de toda mujer de una verdadera superioridad moral. Todas ellas sin vacilación han preferido siempre sufrir en una esfera elevada en lugar de chapalearse en el charco de una vida vulgar.

Todo lo que vamos diciendo lo encontramos en los escritos y las cartas de Balzac y lo hemos repetido casi con sus propias expresiones.

El pequeño incidente que puso a Balzac en el camino de Madame de Berny, decidió del destino de un escritor, y abrió una de las páginas más brillantes de la literatura del siglo XIX.

Sin ése encuentro, el genio de Balzac no habría podido desarrollarse, habría muerto estéril, asfixiado en la atmósfera de provincia, que ya lo había juzgado y condenado de una manera irrevocable.

Cuando Madame de Berny conoció a Balzac ya los críticos lugareños más autorizados y benévolos habían declarado, después de la lectura de sus primeros ensayos, que «Balzac podía ser lo que quisiera menos escritor».

Todos aceptaban ese juicio sin piedad, que solo Balzac se empeñaba desesperadamente en rechazar.

Madame de Berny penetró al través del velo que cubría la vida de ese pobre muchacho, hostilizado de una manera implacable en el seno de su propio hogar. Esa situación desgraciada hizo que ella lo mirara con esa honda y comprensiva simpatía que hay en el corazón de la mujer para todo sufrimiento inmerecido. Viéndolo sufrir en silencio, resignado con su suerte, sin dejarse abatir por las contrariedades, ni desalentar por los obstáculos, comprendió toda la fuerza de aquella naturaleza vigorosa y toda la nobleza de sus grandes ambiciones. La piedad hizo que el alma sencilla y bondadosa de Madame de Berny viera claramente lo que había de genial en el alma de Balzac. ¿La piedad y nada más? ¿Quién sabe?

Pero principió por alejarlo de su lado, por facilitarle los recursos para que pudiera ir a París, a establecerse en una industria en estrecho contacto con las letras y vivir en una atmósfera en que sus grandes facultades pudieran adquirir su desarrollo. Sin la protección y los recursos de Madame de Berny, Balzac no habría podido ir a París y su vida habría desaparecido en la oscuridad de una provincia.

Madame de Berny, como hemos dicho, era hija de una camarera de María Antonieta. Tenía ya 12 años cuando estalló la revolución francesa de 1789. Hasta esa edad había vivido en las intimidades de palacio, jugando en los jardines de Trianon y de Versalles. Había sentido de cerca la fascinadora influencia de la hermosa reina. Después la había visto hermosea por el infortunio. La había seguido en sus prisiones. Había visto cuando le arrebataron sus hijos, y cuando caía en el cesto de la guillotina su cabeza pálida, demacrada y siempre hermo-

sa. Todo eso en el espíritu piadoso y sentimental de Madame de Berny se traducía en un culto apasionado por la Reina y el régimen monárquico. La república era para ella una visión horrible, era la guillotina, era la cabeza exangue de María Antonieta rodando del patíbulo.

De su juventud había conservado también un fuerte sentimiento religioso. Las tristezas de su vida la habían hecho ir a beber la resignación consoladora en la copa de las esperanzas eternas.

Con su tranquila dulzura Madame de Berny supo dejar una huella indeleble, una huella inalterable y profunda en el alma de Balzac. Ella lo impregnó con su espíritu monárquico y sus sentimientos religiosos. En medio de todas las oscilaciones, en la incesante fluctuación de sus ideas, hay algo fijo, inmóvil, algo que flota sobre todas las tempestades de su vida, es el credo político y el credo religioso de Madame de Berny.

La influencia soberana de esa mujer se deja sentir sobre todo el curso de su vida y sobre toda la orientación de sus ideas.

En París volvieron a encontrarse.

Ella llegó en una hora decisiva, en una hora de crisis en que su aparición fué otra vez la salvación.

Las especulaciones industriales de Balzac lo arrastraban a un abismo. Lo había perdido todo y comprometido seriamente su propio porvenir. Pero al mismo tiempo que veía hundirse su fortuna material principiaba a surgir su fortuna literaria.

Madame de Berny lo ayudó generosamente a salvar sus dificultades económicas, le devolvió su crédito, pero sobretudo le devolvió la fé en si mismo, la confianza en su propio porvenir y en el término glorioso de sus luchas.

Balzac salió arruinado de su imprenta pero mirando con imperturbable confianza el porvenir, y sintiéndose apoyado en el brazo suave y mórbido de Madame de Berny.

Muchos años siguió Balzac bajo el ala protectora de su amiga, sintiendo el calor de su afección y el estímulo alentador de su entusiasmo.

Con el curso de los años y las exigencias de la vida los dos se fueron separando. Pero aún de lejos ella supo conservar toda

su afección y ser hasta su muerte el amor supremo de Balzac, la revelación más grandiosa de lo eterno.

De vuelta de uno de sus viajes escribía: «El dolor espantoso que me aguardaba ha llegado: estaba ahí, entre todas las cartas, la carta de luto! Me ha abrumado..... La persona que he perdido era más que una madre, más que una amiga, más de lo que puede ser una criatura para otra criatura. Solo se explica por la divinidad. Me había sostenido con sus palabras, con sus actos de abnegación, durante mis grandes tempestades. Si vivo, es por ella; ella era todo para mí; aunque hace ya dos años que la enfermedad y el tiempo nos habían separado, nos veíamos siempre desde lejos, ella reaccionaba sobre mí, era un sol moral.....»

Sobre las páginas conmovedoras del *Lirio del Valle* se inclina suavemente la sombra de esa mujer encantadora. La señora de Mortsauf—nos dice él mismo—es una pálida expresión de sus menores cualidades; hay ahí un reflejo lejano de ella.

En su cuarto de trabajo conservaba Balzac dos cuadros. Eran dos dibujos. En uno estaba reproducida la calle de Ville Paris en que Balzac conoció a madame de Berny. Es una vulgar calle de aldea a que solo puede dar interés un gran recuerdo. En otro dibujo está la pequeña casa en que ella vivió en la misma aldea.

Esos dos dibujos, nos cuentan con una voz discreta la historia de un pobre amor que la muerte hizo pedazos.

Balzac guardaba esos dos recuerdos en su cuarto de trabajo, frente a su mesa, ahí, donde la vista va a fijarse involuntariamente cuando tropieza la pluma y buscamos algo que nos ayude a encontrar una expresión rebelde.

Las paredes de esas piezas están todas cubiertas con retratos de los amigos de Balzac, ilustraciones de sus obras, caricaturas, medallones y bustos del poeta.

Hay un singular retrato de Balzac que no hemos conseguido nunca ver. Es un retrato pintado por Meissonier, cuyo bosquejo había sido cubierto con otro asunto, y a que hemos encontrado varias alusiones.

Entre esas caricaturas nos detuvimos a mirar *L'Epicerie Monstre*. Es un monstruoso almacén de provisiones. Jorge Sand

es la señora de la Caja, y Balzac el encargado de vender. Fue un proyecto que tuvieron en realidad los dos escritores y de que se rió todo París.

También se habían reído del proyecto de aprovechar las escorias de las minas de cobre que habían explotado los romanos en las montañas de la Córcega. Los progresos de la metalurgia hacían ahora posible utilizar metales de una ley muy baja, y sacar millones de piedras que los mineros romanos abandonaban como escorias sin valor.

Esas dos especulaciones con que soñaba Balzac han sido después realizadas con fortuna. Potin estableció en París el monstruoso almacén de provisiones con un éxito extraordinario y una Compañía inglesa ha ganado millones fundiendo las escorias de las minas romanas.

Nos asomamos por las ventanas de esa pieza a la calle de Berton. Calle estrecha, triste, con un aire de pobreza. No se veía a nadie transitando por esa calle en que se abrían puertas de servicio y no se abren ventanas en los largos murallones.

Bajando la escalera de servicio, que vimos abierta en el piso del repostero, se llega a un patio inferior, que está al nivel de la calle de Berton.

El patio es pequeño. Ahí está la cocina, piezas para la servidumbre y una especie de bodega.

Un portalón comunica ese patio con la calle.

Cuatro piezas pequeñas, bajas, forman todo el pabellón, cuyas ventanas se abren unas a la calle de Berton y otras al jardín de la esplanada.

Se comprende que ahí Balzac viviera estrecho y no nos sorprende leer en una de sus cartas de Octubre de 1844: «Me encuentro exactamente como un pájaro en la rama: es necesario que salga de la calle Basse y vaya a otra parte en que pueda vivir de una manera más conveniente.»

Y en otra de sus cartas de esa misma fecha repetía: «Me es imposible quedar donde estoy. A cuatro pasos de mi alojamiento actual hay una casa que costará de mil a mil quinientos francos de arriendo. Quisiera arrendarla por algunos años y establecerme ahí.»

No era tal vez tan voluntario, como deja entender en estas cartas, su deseo de cambiar de domicilio, porque poco después —en Abril de 1845— le escribía a la condesa Hanska: «He hecho todo lo posible por quedarme en Passy, donde estoy tranquilo y cómodamente, pero todo ha fracasado. Me despiden en Octubre de este año y tendré que irme a París a esperar dos años en un departamento, mientras se concluya mi pequeña habitación de Monceau.»

Esa casita de Monceau era un proyecto basado en una especulación de tierras que no llegó nunca a realizarse.

Poco después vió en los diarios el anuncio de una casa que se vendía en la calle Royale. Durante algunos días estuvo pensando en esa compra, pero luego abandonó la idea, porque... «La plaza Royale es casi lo mismo que Passy. París, decía, va en otra dirección y no volverá jamás.»

Pensó después irse a vivir al «Faubourg St. Germain», y más tarde pensó que «tal vez compraría la casita del célebre financista Beaujon», en la calle Fortuné.

Ese proyecto vago, que se apoya incierto, indeciso en ese *tal vez* tan vacilante, es sin embargo, el que lo apasiona, el que realmente lo fascina con la idea de una misteriosa y brillante reparación de las estrecheces del pasado. Ya había conseguido pagar todas sus deudas; romper la red de fierro en que había vivido tantos años comprimido; sentía ahora en sus manos las riendas del carro en que rueda la fortuna y quería saborear ávidamente el esplendor de su nueva situación. Qué bien debía sonar en los oídos de Balzac esa deslumbradora dirección: «Calle Fortuné, en la casa del *financista* Beaujon!»

«Cuando esté en *mi* pequeña casa de Beaujon—escribía apresuradamente a la Condesa, apenas formó el proyecto de comprarla—bien cerrada, bien amueblada, bien tranquila y al abrigo del contacto de los importunos... Es sobre todo para consagrarme a esta inmensa y necesaria producción por lo que más deseo establecerme en la casa Beaujon, ya que me es imposible continuar más tiempo en Passy.»

Esto escribía Balzac en Octubre de 1846 y mucho tiempo, muchos años pasaron todavía antes que realizara esa fascinadora visión de su fortuna.

Entretanto amontonaba en su casa de Passy las obras de arte, el mobiliario, las grandes telas, las curiosidades con que adornaría después esa habitación de la calle Fortuné.

Esa acumulación desordenada de objetos valiosos le dada, en los últimos tiempos, a la casa de Balzac el aspecto de un almacén de antigüedades. Era ese indudablemente el escenario más apropiado para un hombre que vivía en la atmósfera inquieta y voluble de los sueños, en medio del vértigo de los proyectos que se iban sustituyendo uno en pos de otro en un desfile interminable.

En esa vida de Kaleidoscopio, en que todo pasa en medio de un perpétuo cambio, en que la realidad y los sueños se confunden, se experimenta inevitablemente la embriaguez que producen las enloquecedoras plantas del oriente.

Llegó un momento en que esa vida sin incidentes reales, que pasaba inmóvil, inclinada sobre su mesa de trabajo y tan llena por el contrario con los incidentes imaginarios en que se agitaban los personajes de sus novelas, en que esa mezcla constante de lo que pasaba en la realidad y lo que pasaba en los sueños, se hizo tan íntima y completa que Balzac perdió la noción de la realidad de la existencia. No distinguía claramente lo que había pasado en su vida y en sus sueños.

Ese era el secreto de las anécdotas inverosímiles de los últimos años de Balzac, en que daba a sus fantasías una realidad tan intensa, una verdad tan efectiva que ya iba tocando los límites de la locura.

En esa casa de Balzac, en que durante tantos años el autor de *La Comedia Humana* ha estado aspirando el perfume acre y penetrante de las esencias orientales, en ese fumadero de opio, ha quedado flotando algo que abre las puertas del mundo de los sueños.

Salimos del salón para ir a respirar el aire libre del jardín. Nos sentamos en el banco rústico, al lado del busto de Balzac.

A pocos pasos de la puerta del salón encontramos en las orillas del camino dos esfinjes. ¿Qué había querido simbolizar en esas figuras enigmáticas el intencionado escritor de *La Comedia Humana*?

Mientras buscábamos una respuesta a esa pregunta, y se fijaban nuestros ojos en esas figuras que, parecían mirarnos curiosamente desde un fondo muy lejano, una observación extraña iba poco a poco invadiendo nuestro espíritu. Ibamos sintiendo una misteriosa comunidad con el pasado. Lo que nosotros vemos ahora otros lo han visto; lo que tenemos delante de nuestros ojos, eso mismo, con las mismas formas y colores, se ha reflejado en el fondo de otras pupilas. Hay un lazo más que nos liga a ese pasado, una comunidad de sensaciones, un momento fugaz que es el mismo en la vida de los dos, cuando ellos miraron lo que nosotros vemos.

Lo que hay de interesante en esta observación es que ese pasado no es anónimo, es que sus fantasmas tienen un nombre.

Frente a esas efigies de mármol, en ese mismo banco, a la sombra de esos árboles, se reunían los amigos de Balzac en las tardes de verano.

Abí han estado sentados Víctor Hugo, Lamartine, Teófilo Gautier, Emilio de Girardin, Enrique Heine, Alfredo de Musset y toda esa larga pléyade de los novelistas y poetas de la primera mitad del siglo XIX.

Entre los arbustos y las flores del jardín han resonado las notas sonoras de la risa alegre de Delfina Gay. Era una mujer espiritual y hermosa, que profesaba el culto de la belleza y la elegancia.

Cuando tenía 18 años, en 1822, había obtenido el premio de la Academia francesa en un concurso de poesía que tenía como tema: «La abnegación de los médicos y las hermanas de caridad en la peste de Barcelona», después tuvo el honor de ser coronada en el Capitolio de Roma, y de hacer que revivieran para ella los esplendores con que se coronó a Madame de Stael.

En versos deliciosos ella misma ha recordado esa poética mañana de su vida...

«et j'avais tant d'espoir quand j'entrais dans la monde
orgueilleuse et les yeux baissés!»

Ahora Delfina Gay se había casado, se llamaba Madame de Girardin y firmaba con el pseudónimo de Vizconde de Launay sus espirituales y picantes revistas de la vida parisien.

Por los caminos de ese jardín se ha deslizado también una de las figuras más poéticas de esos tiempos en que hubo tanta poesía. «Era—dice Agustín Thierry—una figura de Vinci, con el óvalo puro, un color de perla, ojos inmensos y cabellos de jaspe Romántica y patricia, aventurera, afiliada a la joven Italia, gran maestre de los carbonarios, consagraba su fortuna y su vida a la emancipación de su Lombardía. Esa magnífica amazona que defendía con exaltación la causa de las naciones oprimidas se llamaba Cristina Trivulce, princesa Belgiojoso».

No fué Agustín Thierry el único que se sintió deliciosamente impresionado por la emoción con que la princesa imploraba un apoyo para su patria desgraciada.

Esa hermosa princesa suplicante, encontró un eco en el corazón de otra mujer de una naturaleza altiva y triste, que llevó a la causa del Resurgimiento Italiano el concurso formidable de su elocuencia y de su pluma.

Aquí, en este mismo banco, Jorge Sand, inmóvil, impasible, lanzando con una aparente indiferencia las espirales de humo de su interminable cigarrillo, escuchaba las discusiones más apasionadas sobre la política y el arte, y después «el hermano Jorge,—le frère George, como lo llamaba Balzac—derramaba sobre el mundo las impresiones que había recogido, en su estilo admirable, de una armoniosa precisión y de una elocuencia que brota espontánea como el agua del manantial.

En medio de todo ese grupo de grandes escritores, Jorge Sand se levanta con la majestad de un soberano. Siempre que pienso en ella recuerdo la deliciosa miniatura que nos ha dejado Dumas hijo de «esa mujer que piensa como Montaigne y que escribe como Juan Jacobo. Leonardo dibuja sus frases y Mozart las canta. Madame Sevigné le besa las manos y Madame de Stael se arrodilla cuando ella pasa».

Esa miniatura es una pequeña joya deliciosa, que vale como obra de arte por sí misma, y que aumenta su valor porque la firma uno de los más grandes artistas de la prosa francesa.

Por los caminos de ese jardín se ha paseado esa mujer extraña y genial,—según las expresiones de Balzac,—«como una quimera, que sonríe, que muestra su fisonomía de mujer y

despliega inmediatamente sus alas, remontando a un cielo fantástico».

Ahora desde la esplanada de ese jardín vemos un escenario estrecho y vulgar. Las construcciones que se han levantado en los contornos cierran el horizonte; pero en otro tiempo, en tiempo de Balzac, desde esa esplanada se veía en las tardes de verano un paisaje ancho, abierto, luminoso: allá abajo el Sena y allá lejos París!

Entonces, por esos caminos sinuosos, entre esas flores y a la sombra de esos árboles, vivía, se movía en este mismo recinto, en medio del esplendor de ese paisaje ese grupo de figuras luminosas que fueron la coronación magnífica de un siglo.

Ahí venían a soñar, a fumar, «les cigarretes encantés», los cigarrillos encantados.

Todos giraban como mariposas fascinadas al rededor del mismo sueño:—la gloria!

Entre esos sueños de gloria se ha deslizado siempre una esquisita ironía.

Balzac, con la suprema indiscreción de su carácter, hablaba a veces de esos sueños. «La gloria!—decía un día—¿a quién le viene Ud. a hablar de ella? Yo la he conocido, yo la he visto. Viajaba en Rusia con algunos amigos. Llega la noche y vamos a pedir hospitalidad a un castillo. La castellana y las damas que la acompañaban se apresuran a atendernos. Una de ellas sale del salón para ir a traernos refrescos. En el intervalo me nombran a la dueña de casa, la conversación se traba, y cuando vuelve la dama que había salido, trayendo una bandeja en la mano, oye decir: «Pues bien, señor Balzac, Ud. piensa.....» La sorpresa y la alegría la hacen ejecutar un movimiento brusco, la bandeja se resbala de sus manos y todo se hace pedazos. ¿No es eso la gloria?»

Un sueño hermoso, flores de la ilusión en la primavera de la vida, humo de los cigarrillos encantados.....